

Recuerdos de una feria...



La feria villaduqueña... Cada año, del 14 al 18 de agosto, Villanueva celebra las fiestas en honor a nuestra patrona, la Virgen de Guía, acogiendo a "los forasteros" (aquellos paisanos que emigraron por diversos motivos y sus familias), amigos de los pueblos vecinos, y todo aquel que quiera acompañarnos. Son días de reencuentros y

de fiesta, en los que hay actividades para todas las edades, sin embargo, no para todos, la feria es sinónimo de descanso y disfrute.

Durante la mayor parte de mi juventud, yo pasé las ferias en familia, pero no sumergido en mis vacaciones, sino en el mundo de la hostelería.

Preparar una feria no es tarea fácil, hay que prever a cuántas personas se atenderá, para ser los más precisos posibles con el género, mantener las bebidas bien frías, buscar el máximo aprovechamiento del espacio para que todo el mundo tenga un sitio, cuadrando las mesas como en un juego de tetrax, y por supuesto, a la sombra, que los 35° de esas fechas no pueden con las ganas de salir de la gente, pero para los hosteleros, supone un reto más.

Aún con todo bien organizado y preparados para empezar a atender a la gente, hay muchos momentos de tensión y saturación, mesas que se vacían y vuelven a llenarse al instante, el calor de los fogones en una cocina llena de comandas, las repisas vacías de vasos que se acumulan en la barra para ser limpiados y dar un nuevo servicio. La coordinación entre todos los trabajadores es fundamental, y aunque hay momentos de flaqueo y colapso, en los que la presión y la sobrecarga parecen superarnos, detrás de cada uno de nosotros hay un equipo que está respaldando para que, tras unos instantes de descanso, una respiración profunda, y en ocasiones incluso alguna lágrima, volvamos a la carga y el trabajo salga adelante.

Todo esto ha hecho que la familia Jabalquinto Salado se haya ampliado a lo largo de los años, pues algunas de las cocineras y camareras que formaron parte de nuestro equi-

po, llegaron para quedarse, aunque como en todos lados, tiene que haber personas de todas las clases, y también nos hemos topado con quien no conoce el compañerismo ni trabajo en equipo, pero por suerte, estos han sido los menos.

También había algunos momentos de descanso entre tantas horas de trabajo, por ejemplo, con la llegada de la virgen el día 14. Mi madre solía preparar algunas flores para el pelo y un pintalabios para que las mujeres del equipo recibieran a nuestra patrona como es debido, y todos juntos veíamos la procesión en la puerta del bar, en cuanto pasaba, montábamos las mesas de la terraza rápidamente, pues se llenarían al instante. Los fuegos artificiales, también era un momento de descanso, en el que todo se paraba para despedir las fiestas, y por supuesto, tras ellos y con el cierre del bar la noche del día 18, era momento de que la piña que se había formado durante esos días saliera a disfrutar de la feria, así que acabábamos todos juntos en la discocaseta para aprovechar el bote que habíamos conseguido con esfuerzo.

Es indudable, que las ferias de mi juventud me han marcado en todos los sentidos, siendo testigo de cambio, desde aquel camarero inexperto y temeroso que empezó a atender mesas en el bar del pensionista, rebelde porque la edad reclamaba más fiesta y menos trabajo, hasta el "transportista de vasos y platos" como yo mismo me definía, que salía a la terraza sin miedo dispuesto a dar el mejor servicio posible una año más, como ya he dicho, siempre de la mano de mi familia y compañeros.

Aunque parece un pasado muy lejano, no hace tantos años que la pandemia llegó a parar el mundo, y como a muchos otros, a nosotros nos despidió de estas ferias, y ahora toca aprovechar la otra perspectiva de las fiestas.

Jose María Jabalquinto Salado





Me resulta difícil plasmar en papel lo que me hace sentir pensar en la feria del pueblo, pero tras unos días de echar la vista atrás reconozco que son muchas las emociones y recuerdos de mi niñez que vienen a mi mente.

La feria era ver a toda la familia reunida después de un año sin vernos en casa de los abuelos. La feria eran las mañanas descalzos jugando con los primos en el patio debajo de la higuera, tardes de carreras de cintas con las bicicletas y cenas bulliciosas en las que no faltaba el lechón de casa de Antonio. La feria era el traje de gitana almidonado un día 14 de agosto y buscar a la Virgen en el maletero de un Renault 7 lleno de flamencos y flamencas, es la foto subida en un caballo. La feria era una promesa por la vida a Nuestra Señora de Guía hecha por los pies descalzos de mi madre.

La feria era comerte de la mano de los padres un corte de helado de fresa y nata que la señora Dolores te cortaba generosamente. La feria eran esos bailes en la caseta municipal al son de cartagenera morena. La feria era el pellizco en el estómago dando vueltas, subiendo y bajando en el tiiovivo al lado de la Sérvula antes de volver a casa.

Hoy la feria también es reunirse con los que estaban entonces, con los nuevos y recordar a los que ya no están. Hoy la feria es la alegría en los ojos de mis hijos un 14 de agosto mientras ven los caballos y las carrozas y saltan en las colchonetas. Hoy la feria para mí es ilusión por compartir y pasar tiempo con mi familia y la dulce nostalgia por esas ferias que, al igual que el tiiovivo disfrutamos intensamente, ya no volverán.

M^a Ángeles Blanco Ramos

Allá por los años 50, la feria empezaba un día 14 de agosto con las carrozas en la plaza, las señoras Venida y Corada hacían y vendían churros, el bar de Inocente traía una animadora que deleitaba con sus canciones a todos los presentes, no olvidamos el bar de Campos y el bar de Elena y Juan con sus excelentes tapas. Las atracciones estaban dispuestas en la plaza, por entonces nuestra diversión eran una barca y noria de madera que se movían al compás de la Banda Municipal de Hinojosa, músicos que se disponían en un tablao hecho en la carpintería de Arturo Navas.

En la calle Ramón y Cajal encontrábamos los puestos de turrón, el helado artesanal, ella con su impecable cofia blanca que llegaban desde Pozoblanco y se hospedaban en casa de Nieves, siguiendo la calle, los célebres cacharritos y complementos de Ramón, el bar de Julián Caballero y Eloísa Checa con su delicioso balalao hecho en candela de leña, también recordamos con mucho cariño el Bar "El Califa" situado en la esquina de cuatro vientos, sus recordadas tapas y la orquesta en la calle Rogelio Fernández con la consecuente pista de baile.

Esperábamos a la Virgen de Guía en la ermita y la acompañábamos en procesión hasta la Iglesia, el día 15 era la

Asunción de la Virgen y lo celebrábamos yendo a misa para después asistir a la feria en el centro de nuestro pueblo ya que la feria de ganado se instalaba en el paraje del lejió, un importante evento que contaba con concursos, carreras de cintas, fútbol... en la Fuente Vieja disfrutábamos de un teatro ambulante, el cual, si querías verlo, debías portar tu propia silla.

Recordamos con nostalgia la feria en la plaza, cuando se trasladó al Paseo Aurelio Teno, dejamos de disfrutar de la música a todas horas, la diana floreada y el ambiente festivo, pero no por ello, dejamos de asistir y vivir a nuestra feria y fiestas en honor a San Jacinto y la Virgen de Guía.

Francisca y Ángela Gómez González.



